



Universidad de Chile
Facultad de Ciencias Sociales
Carrera de Psicología

HACIA UNA PROPUESTA PSICOANALÍTICA SOBRE LA FUNCIÓN DE LAS MENTIRAS EN EL PROCESO DE SUBJETIVACIÓN ADOLESCENTE

**Memoria para optar al grado de
Psicóloga**

Profesora Patrocinante: Marianella Abarzúa

Autora: Javiera Urbina

**Santiago de Chile
Diciembre de 2020**

Agradecimientos

A mis padres, que me apoyaron en todos mis recorridos, sueños y sus preguntas constantes.

A mis abuelos, que me enseñaron a hacerme preguntas y a conservar la humanidad más allá del grado académico y la posición social alcanzadas o por alcanzar.

A mis hermanas, Sofía y María Jesús, que me inspiran siempre y me han acompañado en todos los proyectos, fracasos y aprendizajes.

A mis queridos amigos: Melisa, José Miguel, Valentina, Felipe, María Jesús, Octavia y María Gracia por ofrecer el espacio de escucha, confianza y debate necesario de esas preguntas.

A Oscar por acompañarme en los recorridos más intrincados de esta memoria y ayudarme a hacer puente con las lenguas extranjeras.

A Matías M. por enseñarme sobre piscinas y modos de nadar.

A Valeria Á. y Gisela K. por su trabajo impecablemente ético y curioso que inspira a los que aprendemos de ellas.

A María Soledad R., María José R. y Marianella A. por su sistemático trabajo y su inspiradora y humana forma de enseñar y guiar en los caminos que implica esta profesión.

A las muchas mujeres, como Marianne, Liliana D., María M., María D., con las que debatí y construí el espacio para estas ideas y para el cotidiano luchar que implica escribirlas y ponerlas en práctica.

Presentación de la memoria

Aunque la búsqueda de la verdad del sujeto ha sido uno de los temas recurrentes del psicoanálisis, desde sus orígenes freudianos hasta las contribuciones y debates actuales, la posibilidad de trabajar con pacientes que mienten ha sido considerada tardíamente y, muchas veces, de modo prejuicioso o patologizante. En el caso de los adolescentes -grupo que en sí mismo plantea desafíos para el psicoanálisis y para los psicoanalistas- los aportes teórico-clínicos sobre esta temática continúan siendo escasos y limitados, profundizándose la patologización y las perspectivas que generalizan los métodos y modelos teóricos de adultos o niños, sin considerar sus problemáticas y características singulares.

A partir de dicha constatación, esta memoria de investigación teórica aborda la pregunta por la función de las mentiras en el proceso de subjetivación adolescente. Fue redactada en formato de artículo y elaborada en coautoría con la Prof. Marianella Abarzúa¹. El manuscrito comienza situando la problemática con mayor detalle en la introducción, para luego revisar la noción de verdad en psicoanálisis, desde las nociones freudianas hasta las controversias presentes los trabajos de autores posteriores que repensaron la búsqueda de la verdad y la aparición de mentiras en el proceso analítico. Desde esta revisión, se desarrolla una síntesis del valor metapsicológico de las mentiras y la necesidad de un abordaje singular desde el psicoanálisis.

Posteriormente se sitúa la propuesta relativa a que las mentiras de los adolescentes podrían cumplir, en algunos casos, funciones subjetivantes. Para ello, se toman en cuenta los aportes de autores tales como Donald W. Winnicott, particularmente en sus

¹ El manuscrito fue elaborado de acuerdo con las normas de publicación de The International Journal of Psychoanalysis.

conceptualizaciones sobre la adolescencia, la agresión, la tendencia antisocial, el juego y la creatividad. Sus aportes brindan los elementos teóricos fundamentales para conceptualizar estas mentiras. También se consideran los aportes de Jean-Jacques Rassial, quien hace una lectura particularmente rica del proceso de pasaje adolescente, proponiendo que los adolescentes devienen sujetos de deseo que se apropian de un síntoma, un lenguaje y modos de escritura que atraviesan la creación y relectura de ficciones y fenómenos sociales y subjetivos. En este sentido, la revisión que hace Roberto Aceituno de las nociones freudianas sobre la relación entre la verdad histórico-vivencial que busca el psicoanálisis y la invención de ficciones y la subjetivación nos parece particularmente elocuente, y la hemos relacionado con la creación lúdica presente en la pseudología fantástica de Helene Deutsch, además de las puntualizaciones sobre la metaforización y la invención de mitos en relación con las mentiras, presentes en el trabajo de Christopher Bollas y Pascal Hachet.

Finalmente se presenta el apartado de discusión y conclusiones, donde se sintetiza lo planteado y se proponen algunas reflexiones desde la clínica con adolescentes que mienten. Originalmente, este apartado estaba precedido por una propuesta mucho más detallada de cómo abordar este fenómeno en la clínica, incorporando los aportes prácticos de Sallye Wilkinson y George Hough, y Richard Billow y Anette Luz, pero las exigencias formales de la revista pusieron límite a esta revisión. Asimismo, implicaron eliminar una síntesis de otros usos y formas de mentiras que el psicoanálisis ha planteado hasta la fecha, aunque no centrada en los adolescentes, en donde era fundamental el trabajo de Alexandra Lemma.

Pese a ello, se espera debatir sobre todos estos temas en la defensa de esta memoria, al igual que recibir retroalimentación y comentarios que permitan mejorar la versión final de este artículo, así como aportes para elaborar futuras publicaciones que puedan profundizar en otras aristas del problema.

ÍNDICE

1. Resumen	6
2. Introducción	6
3. Acerca de la verdad en psicoanálisis	
<i>Realidad Psíquica y verdad histórica en Freud</i>	<i>10</i>
<i>Tensiones sobre la noción freudiana de verdad</i>	<i>14</i>
<i>Aportes para una comprensión metapsicológica de la mentira</i>	<i>16</i>
4. Hacia una propuesta psicoanalítica sobre la función de las mentiras en el proceso de subjetivación adolescente	
<i>La inconsistencia y el tiempo</i>	<i>19</i>
<i>Individuación y Subjetivación</i>	<i>24</i>
<i>Avería del superyó, tendencia antisocial y falso self: formas de relación del adolescente</i>	<i>28</i>
<i>De adolescentes y ficciones</i>	<i>33</i>
5. Discusión y conclusiones	39
6. Referencias	44

HACIA UNA PROPUESTA PSICOANALÍTICA SOBRE LA FUNCIÓN DE LAS MENTIRAS EN EL PROCESO DE SUBJETIVACIÓN ADOLESCENTE

RESUMEN

Este trabajo se pregunta cómo abordar la mentira en el psicoanálisis con adolescentes, con el objetivo de vislumbrar algunas claves para su uso como material clínico. En tal sentido, se usa el argumento de Lemma (2005) relativo a que las mentiras cumplen funciones psíquicas y se propone que, en el caso de los adolescentes, podrían cumplir una función subjetivante. Para apoyar argumentativamente esta propuesta, nos basamos en las conceptualizaciones de Winnicott (1954; 1960; 1971; 1989), las nociones de ficción de Aceituno (2013), la creación lúdica (Deutsch, 1982), la metaforización e invención de mitos (Hachet, 1999) en relación con las mentiras (Bollas, 1987) y el pasaje adolescente (Rassial, 1996), que se abre camino hacia la constitución subjetiva (Hachet, 1999; Rassial, 1996). Finalmente, en el apartado de discusión y conclusiones, se proponen algunas reflexiones para orientar el quehacer analítico con las mentiras de los adolescentes.

INTRODUCCIÓN

Aunque la búsqueda de la verdad del sujeto ha sido uno de los conflictos centrales del psicoanálisis, tanto teórica como clínicamente (Blass, 2016; Katz, 2016; Segal, 2006), el problema de cómo trabajar con un paciente que miente fue abordado de forma tardía, manteniéndose como un ámbito controversial (Target, 2007). Si bien algunos aportes psicoanalíticos sugieren que es posible trabajar clínicamente con las mentiras, en tanto están

constituidas como síntomas, la literatura al respecto es escasa y la discusión está aún lejos de resolverse (Hanly, 2009; Kirshner, 2004; Levine, 2016).

Este debate adquiere importancia al observar cuán frecuentemente los pacientes mienten en su proceso de análisis y cuán difícil resulta, incluso para analistas experimentados, detectar las mentiras (Plut, 2010; Weinschel, 1977). De hecho, aunque algunos autores han propuesto que los pacientes mentirosos serían conductual y mentalmente distintos de otros, no se tiene certeza al respecto (Plut, 2010). Incluso, personas que valoran ser honestas y están comprometidas con los objetivos del análisis mienten o se alejan de la verdad ocasionalmente, fenómeno asociado a mecanismos de defensa y neurosis de transferencia normales (Abraham, 1935; Deutsch, 1982; Weinschel, 1977). Por ello, sería ingenuo pensar que el análisis podría librarse de una actividad tan transversal al ser humano (Halpert, 2000; Luz, 2009), o que la honestidad siempre sería indicio de salud mental (Weinschel, 1977).

Ahora bien, las mentiras son desaprobadas moral y socialmente (Deutsch, 1982; Halpert, 2000; Kemp, 2009) y, pese a que se supondría que este juicio moral se vería suspendido en el caso del psicoanálisis (Weinschel, 1977), la mayor parte de los desarrollos sobre la mentira proponen una mirada patologizante², comprendiéndose como una actividad

² La mentira ha sido extensamente relacionada con los ámbitos criminal (Abraham, 1935) y forense (Kemp y Lorentzatu, 2013), con la adicción a drogas (Kemp, 2009; Luz, 2009), con afanes vengativos y destructivos (Heyer, 2015; Luz, 2009; Plut, 2010) y/o como un daño en la capacidad de pensar (Civitarese, 2016; Luz, 2009). Ha sido conceptualizada como incapacidad de amar (Blass, 2016), desarrollo incompleto del ego y el superyó, perturbación para formar relaciones objetales, trastornos de la identidad y la realidad (Bollas, 1987; Greenacre, 1958; Weinschel, 1977). En términos psicopatológicos, ha sido asociada con psicopatías (Weinschel, 1977; Bollas, 1987), perversiones (Heyer, 2015), fetichismo (Arlow, 2018), trastorno antisocial (Abraham, 1935), límite (Hanly, 2009; Kemp, 2009; Luz, 2009) o narcisista de la personalidad (Weinschel, 1977) y esquizofrenia (Deutsch, 1982; Olinick, 1957).

provechosa en escasas ocasiones³. Por otra parte, si bien la mayor parte de los autores se debaten entre aplicar el método psicoanalítico conocido o flexibilizarlo a la singularidad del paciente que miente (Allison y Fonagy, 2016; Civitarese, 2016; Heyer, 2015), el vacío de la literatura se torna aún más dramático al tratarse de las mentiras de los adolescentes. En tal sentido, no basta con señalar que las investigaciones se refieren mayoritariamente a pacientes adultos. También resulta necesario llamar la atención respecto de que, si bien diversos autores mencionan las mentiras en la adolescencia como un fenómeno “esperable por la edad” (Abraham, 1935; Deutsch, 1982; Greenacre, 1958), hasta hoy existen escasos artículos que aborden exclusivamente las mentiras de los adolescentes, sus posibles orígenes y funciones específicas⁴. Este vacío resulta aún más llamativo al considerar que los adolescentes tienen una marcada presencia en las consultas psicoanalíticas, la que parece haberse incrementado en los últimos años, trayendo consigo desafíos con relación a marcos conceptuales pertinentes para abordar la mentira, junto con las preguntas relativas al desarrollo del aparato psíquico de los adolescentes (Luz, 2009). ¿Basta con generalizar los análisis de adultos o de niños -y sus implicancias- a los análisis de adolescentes?

Así, si las expresiones de la adolescencia tienden a ser vistas prejuiciosamente o patologizadas (Rodulfo, 1985), la situación parece empeorar respecto de las mentiras. En los artículos revisados, las mentiras de los adolescentes serían resultado del consumo de drogas (Luz, 2009), indicarían la presencia de trastornos de la personalidad (Abraham, 1935), abusos o maltratos graves (Wilkinson y Hough, 1996), anorexia, capacidad para pensar escasamente

³ Por ejemplo, en la figura del “impostor” (Abraham, 1935; Greenacre, 1958) o de la “pseudología fantástica” (Deutsch, 1982), asociadas a artistas o sujetos con cualidades excepcionales.

⁴ Como excepciones, podemos señalar los trabajos de Billow (2004), Luz (2009) y Wilkinson y Hough (1996).

desarrollada, defectos en la tolerancia a la frustración y la realidad, destructividad y poca capacidad de amar (Luz, 2009), tendencias criminales (Abraham, 1935) o esquizofrenia (Deutsch, 1982; Olinick, 1957). En este punto, cabe preguntarse ¿Es posible trabajar clínicamente con las mentiras de los adolescentes? ¿Qué marcos psicoanalíticos resultan pertinentes para abordar el fenómeno? ¿Qué funciones podrían cumplir las mentiras para el adolescente? ¿Se pueden considerar funcionalmente útiles o favorables? El artículo busca desarrollar estas preguntas por medio de una revisión de la literatura psicoanalítica, que sistematizará argumentos para comprender y abordar clínicamente las mentiras de los adolescentes. El trabajo no busca descartar lo ya aprendido sobre los efectos negativos de las mentiras en el funcionamiento psíquico o en el trabajo analítico sino que, más bien, espera abrir el debate y poner énfasis en la singularidad adolescente, con el propósito de ahondar en las posibles funciones creativas, lúdicas y subjetivantes que podrían cumplir las mentiras para el adolescente.

Para ello consideraremos, además de los aportes freudianos, el trabajo de Lemma (2005) -quien elaboró una síntesis sobre mentiras y sus funciones- y las elaboraciones de Deutsch (1982), pues darán luces sobre posibles funciones de las mentiras en la adolescencia. Por otra parte, nos referiremos a los trabajos de Wilkinson y Hough (1996) y Billow (2004), quienes abordan las mentiras a la luz de la problemática adolescente. Examinaremos algunos postulados de Winnicott (1954; 1960; 1971; 1989) sobre la adolescencia, examinando su relación con la agresión y la tendencia antisocial para, finalmente, considerar los aportes de Rassial (1996) sobre el pasaje adolescente y sus relaciones con la invención y las ficciones (Aceituno, 2013); de Bollas (1987) respecto del reconocimiento de los vínculos entre ficciones, metáforas y mentiras; y de Hachet (1999) relativos a que las mentiras se asocian con los mitos y la constitución psíquica.

ACERCA DE LA VERDAD EN PSICOANÁLISIS

Realidad psíquica y verdad histórica en Freud

La búsqueda de la verdad del sujeto y la lucha contra las resistencias que la impiden fue esencial en los postulados teóricos y la propuesta terapéutica freudiana (Busch, 2016; Freud, 1914; Segal, 2006). Dicho destino se plasmó en la célebre frase: “mis histéricas me mienten” (Freud, 1897), coyuntura que hizo que Freud abandonara su primera teoría del trauma por una segunda, en donde los síntomas neuróticos no provenían necesariamente de experiencias reales de seducción temprana, sino de fantasías inconscientes reprimidas, relacionadas con conflictos edípicos (Blass, 2016; Freud, 1925b; Kirshner, 2004). Con ello, Freud dio cuenta de cuán espinoso resultaba dirimir entre la verdad y la ficción, reconociendo que era difícil diferenciarlas pues se presentaban entrelazadas en recuerdos mezclados con fantasías inconscientes (Busch, 2016; Deutsch, 1982). Esto marcaría las primeras controversias en torno al tema, apreciables por ejemplo en el desacuerdo entre Ferenzci y Freud por su nueva teoría del trauma (Kirshner, 2004; Press, 2006).

Aunque las concepciones sobre la verdad del sujeto variaban entre escuelas, al referirse a la verdad de la relación del sujeto con su propio deseo, todas coincidían en el hecho de que dicha verdad resulta incómoda, terrorífica o dolorosa para el paciente (Blass, 2016; Olinick, 1957). La verdad despertaría potentes resistencias que obrarían para negarla, distorsionarla o expulsarla (Freud, 1925a). Esto enfatiza la noción psicoanalítica de un sujeto en conflicto, pues su deseo de autoengañarse o evitar dicha verdad iría acompañado de un deseo de conocerla y aliviarse (Freud, 1939). La verdad estaría parcialmente disponible

(Blass, 2016), pues para conocerla sería necesario el esfuerzo del analizante y del analista⁵ (Halpert, 2000).

Enmarcada en esta noción de conflicto psíquico, pero también en los conflictos al interior del psicoanálisis, la búsqueda de la verdad siempre planteó a Freud dudas y contradicciones (Collins, 2011; Kirshner, 2004). En sus primeros escritos primaba una pretensión científica, buscando una verdad objetiva y empírica (Bell, 2009; Kemp y Lorentzatou, 2013; Kirshner, 2004), con criterios como los de correspondencia (Kirshner, 2004; Levine, 2016), pragmatismo y coherencia (Hanly, 2009). Posteriormente surgiría una noción propiamente psicoanalítica de la verdad, derivada de una “realidad psíquica” enraizada en el inconsciente (Segal, 2006). Tal verdad sería resultado de recuerdos reales de eventos de la vida del paciente, pero siempre constituidos por la mezcla continua entre fantasías y percepciones del sujeto, sobre la realidad externa de sus experiencias y relaciones con otros (Arlow, 2018; Busch, 2016). Por ello, resultaría imposible acceder a una memoria de las cosas como realmente sucedieron pero, a la vez, resultaría innegable que detrás de las fantasías habría un núcleo de verdad del sujeto (Arlow, 2018; Busch, 2016; Levine, 2016).

Aunque nunca llegó a abandonarla del todo (Kemp y Lorentzatou, 2013; Kirshner, 2004), Freud iría flexibilizando dicha noción científicista, dando paso a la idea de la reconstrucción y la “verdad histórica” (Collins, 2011; Kemp y Lorentzatou, 2013; Kirshner, 2004). El concepto de *Nachtraglich* ya daba indicios de aquello, al enfatizar que el sujeto construye relatos sobre su pasado o llega a comprenderlos con posterioridad, retroactivamente. Por tanto, el relato biográfico o de recuerdos podía repensarse y

⁵ Busch (2016) señala que el analista necesita ayuda de parte del paciente para comprender las verdades psíquicas. Por otro lado, Billow (2004) habla sobre la falsedad del analista.

reconstruirse desde la perspectiva actual del sujeto (Freud, 1895). Este tema sería desarrollado por Freud desde 1925, pero lo profundizaría al introducir las distinciones esenciales entre “verdad histórica” y “verdad material” (Press, 2006). Así, distinguió: 1) “acontecer histórico” (*Geschichte*) como “la historia real y objetiva” (Freud, 1939, p. 14); de 2) la “historia conjetural” (*Historien*), que sería aquella que ha ido reconstruyéndose mediante distintos razonamientos e hipótesis, basadas en analogías e indicios, de acuerdo con lo conocido por experiencia; de 3) la “verdad histórico-vivencial” (*Historisch*), que correspondería a la “historia como ocurrió para los hombres en cada caso” (p. 14).

De acuerdo con ello, Freud planteó que las construcciones en el análisis podían tener efectos en el trabajo de reelaborar un relato sobre hechos pasados de la vida del paciente, los cuales tenían su peso y efectos en el psiquismo precisamente por la fuerza de dicha verdad histórico-vivencial y la represión que caía sobre ella, reactualizada en la transferencia (Freud, 1937). En esta línea, Blass (2016) señala que la verdad que el psiquismo no soporta conocer apunta a cómo los hechos significan algo particular para cada sujeto, más que a los hechos del mundo exterior -“por ejemplo, que somos malos o no queridos” (p. 307)- y de allí que se repriman, nieguen o distorsionen.

En tal sentido, una de las características fundamentales del psicoanálisis es la de vencer dichas resistencias interpretando (Freud, 1914; Freud, 1937), trabajando con los fragmentos de esa verdad histórico-vivencial que se presenta bajo la forma de ocurrencias, invenciones, sueños, repeticiones, fantasías, lapsus, afectos y actos (Freud, 1937; Kemp y Lorentzatos, 2013). A partir de esto, puede pensarse en las mentiras como retazos de esa verdad histórico-vivencial singular, que no necesariamente es fiel con la verdad material, pero sí da valiosos indicios sobre el desarrollo del aparato psíquico, apuntando a lo inconsciente. Así, si bien existen tendencias desfigurantes e invenciones que adornan y

cambian el material que proporciona el paciente, es posible coleccionarlas, detectarlas (Freud, 1939) y trabajar con ellas mediante la reconstrucción (Leuzinger-Bohleber, 2008). Por tanto, aun cuando el relato del paciente sobre el pasado esté falseado o resulte como un cuento bien contado (como en el relato sobre Moisés), tendrá “legitimidad psicológica” (p. 45) y riqueza probatoria sobre la verdad (Freud, 1939; Levine, 2016). Al respecto, Leuzinger-Bohleber (2008) señalaría que en estas ideas freudianas se gestaría una relación entre el relato singular del sujeto y dicha verdad histórico-vivencial.

Esta noción de relato se relaciona también con el modo en que se accede a dicha verdad en psicoanálisis, en tanto sería necesario un trabajo de relato o de escritura del recuerdo para hacer posible, tanto el ejercicio ineludible de la memoria que se reconstruye, como los procesos mismos de constitución subjetiva (por ejemplo, de la identidad) que implica el poder realizar una cura por la palabra (Aceituno, 2013). El proceso de elaboración de un relato singular, que dé cuenta de una verdad histórico-vivencial, requiere de su ligazón con representaciones-palabra o significantes que hablen en discursos, palabras y silencios de los tiempos originarios de la historia del sujeto y de su reactualización en el presente (Aceituno, 2005). Al mismo tiempo, esto abre a la cuestión del carácter ficcional de la verdad histórico-vivencial, en tanto pasará ineludiblemente por una operación discursiva que está en el origen mismo de las operaciones de lenguaje y pensamiento que articulan retroactivamente dicha verdad (Aceituno, 2005).

Por otra parte, es este carácter ficcional el que podrá mostrar la relación entre esa verdad histórico-vivencial y las fantasías inconscientes, en la medida que apuntan discursivamente al punto originario y real que constituye al sujeto, pero que también recubre y recupera solo una parte de lo originario, real y/o traumático: el relato de la ficción fantasmática rodea las cosas últimas, requiriendo el reconocimiento del sujeto sobre la

existencia de límites y posibilidades singulares de sentido (Aceituno, 2001). Habría entonces un resto no simbolizable de esa memoria arcaica con la que el psicoanálisis trabaja para construir una verdad (Aceituno, 2005) y, aquello que no ha podido ser registrado y transmitido como palabra, retornaría en otra forma de relato: los síntomas (Aceituno, 2013).

Tensiones sobre la noción freudiana de verdad

Las ideas freudianas sobre la verdad adquirieron tal amplitud que fueron criticadas por demasiado ambiguas (Collins, 2011; Kemp y Lorentzatos, 2013; Kirshner, 2004), aludiendo a la imposibilidad de reconstruir objetivamente la historia de los pacientes (Hanly, 2009; Levine, 2016), perdiéndose el optimismo epistemológico de la época de Freud (Kemp y Lorentzatos, 2013)⁶. Dichas críticas llevaron a que la idea misma de verdad que interesaba al psicoanálisis cambiara (Civitarese, 2016; Levine, 2016): desde un enfoque centrado en verdades preexistentes de los pacientes, hacia uno que enfatizaba un proceso creativo y transformador de significados, pensamientos y emociones (Busch, 2016; Levine, 2016). En tal sentido, diversos autores señalan que la confiabilidad de las reconstrucciones radica en la técnica y la situación transferencial, en el aquí y ahora (Leuzinger-Bohleber, 2008) de un proceso relacional dinámico (Busch, 2016; Katz, 2016; Ogden, 2003). Por ello, la realidad

⁶ Las críticas provenían de corrientes hermenéuticas, posmodernistas y constructivistas, pero también psicoanalíticas (ver, por ejemplo, Allison y Fonagy (2016) o Busch (2016)). Los trabajos de Bell (2009), Civitarese (2016), Hanly (2009), Katz (2016), Kemp y Lorentzatos (2013), Kirshner (2004) y Levine (2016) ahondan en estas controversias. Además de la exhaustiva respuesta de Blum (2003), que rescata el valor de la reconstrucción.

psíquica⁷ e histórica se pensarían entrelazadas, dependientes la una de la otra para su estructuración (Kirshner, 2004; Press, 2006). Desde esas relecturas, se enfatiza la idea de una verdad emergente que se construiría sesión a sesión y sería cambiante a lo largo del proceso analítico (Collins, 2011; Katz, 2016; Kemp, 2009).

Levine (2016) habla del avance del psicoanálisis hacia un “enfoque estético” que privilegia la producción de relatos, reescrituras o cambios de discurso⁸ (Civitarese, 2016; Ogden, 2016). Así, emergería una verdad emocional asociada a las experiencias del sujeto (Katz, 2016; Ogden, 2003), vinculada con la verdad histórico-vivencial (Allison y Fonagy, 2016; Busch, 2016), pues desde esta perspectiva no existiría la dicotomía entre una verdad emocional y otra lógico-empírica, pues se trataría de un continuo anclado en una raíz discursiva (Ogden, 2016). Para Blass (2016), el tema no está en garantizar objetividad sino en buscar la verdad activamente, sorteando las desfiguraciones (Ogden, 2016). Otros autores enfatizan la búsqueda de autenticidad en las experiencias que relata el paciente (Collins, 2011), por lo que sus palabras serían siempre materiales de trabajo (Busch, 2016)⁹ legítimo (Freud, 1939) o probable psicológicamente (Collins, 2011).

Desde esta aproximación, las mentiras podrían pensarse como desfiguraciones con legitimidad psicológica, argumento no exento de controversia para el psicoanálisis. Kemp y Lorentzatos (2013) señalan que habría dos posturas al respecto: una que indica que los pacientes mentirosos serían imposibles de analizar (Weinschel, 1997) y otra que sostiene que

⁷ Utilizamos el concepto de realidad psíquica como equivalente al de verdad psíquica, teniendo en cuenta los planteamientos freudianos y los desarrollos de Civitarese (2016).

⁸ Ogden (2016) hace una interesante revisión al respecto, considerando tres formas que puede tomar el discurso del paciente.

⁹ Busch (2016) señala que el hecho de que las palabras de un paciente sean ciertas como verdades psíquicas, no las hace necesariamente ciertas en un sentido objetivo o real.

las mentiras serían un síntoma analizable, porque representarían avances de lo reprimido (Deutsch, 1982) y corresponderían a fragmentos de verdad psíquica e histórica (Avenburg y Guiter, 1976, en Kemp y Lorentzatou, 2013). Si se considera un trabajo cuidadoso de parte del analista, la mayoría de los autores contemporáneos coinciden con la segunda postura (Blass, 2016; Halpert, 2000; Target, 2007).

Ahora bien, dicho trabajo difiere mucho entre escuelas psicoanalíticas, recomendando diferentes aspectos técnicos (Hanly, 2009; Katz, 2016). No en vano se ha señalado que esta discusión marca parte de las controversias actuales dentro del psicoanálisis (Allison y Fonagy, 2016; Kirshner, 2004), en un terreno que parece siempre difícil, cambiante y cargado de incertidumbre (Hanly, 2009; Kemp, 2009; Levine, 2016). De este modo, el trabajo con las mentiras plantea desafíos para el psicoanálisis en general y para el analista en particular, que se debate entre usar el método tradicional o flexibilizarlo según el paciente (Heyer, 2015, Kemp y Lorentzatou, 2013; Plut, 2010).

Aportes para una comprensión metapsicológica de la mentira

Mentir es un fenómeno altamente complejo y heterogéneo, por lo que formular una definición general resulta muy difícil (Plut, 2010; Weinshel, 1977). Al interior del psicoanálisis priman dos acepciones sobre las mentiras: 1) Aquellas que se presentan en las experiencias narradas por los pacientes y que distorsionan su verdad, inconscientemente o por autoengaño (Deutsch, 1982) y 2) Aquellas que resultan de la intención consciente de engañar a otro (Allison y Fonagy, 2016; Kemp y Lorentzatou, 2013; Plut, 2010). La primera de estas definiciones parece quedar comprendida en el marco del conflicto intrapsíquico, como resultado de la represión (Deutsch, 1982; Weinshel, 1977). Pareciera haber menos

consenso en torno a la segunda definición, aun cuando se sabe que este tipo de engaño también tiene raíces inconscientes (Weinshel, 1977) vinculadas, por ejemplo, con elementos pregenitales¹⁰ provenientes de las separaciones con la madre (Greenacre, 1958) y/o de la reactualización de conflictos y fantasías edípicas (Lemma, 2005). Así, las mentiras serían una suerte de versión especial y singular, motivada por la represión, que protegería al sujeto respecto de lo que habría ocurrido en torno al conflicto edípico, la diferencia de los sexos¹¹ y/o los asuntos sexuales (Freud, 1909; Weinshel, 1977).

Además, las mentiras entregarían información sobre las relaciones objetales tempranas y las identificaciones asociadas¹² (Bollas, 1987; Freud, 1909; Lemma, 2005). Si se relacionan con el conflicto edípico, las mentiras desfigurarían la revelación de un resentimiento oculto del sujeto hacia alguno o ambos padres, al sentirse engañado o excluido de sus secretos sexuales (Freud, 1909; Halpert, 2000; Weinshel, 1977). Además, si el sujeto desarrolla una relación en donde dichos objetos tempranos le mienten, podría sentirse identificado con un objeto mentiroso internalizado, lo que marcaría una repetición compulsiva (Abraham, 1935; Billow, 2004; Molinari, 2010).

Las mentiras mostrarían, entonces, un núcleo de verdad histórica y psíquica (Arlow, 2018; Press, 2006; Weinshel, 1977) que apunta a la singularidad de cada sujeto (Bollas, 1987; Kemp y Lorentzatos, 2013). Además, Freud (1909; 1913) distinguió que las mentiras no tenían que ver con un desarrollo inmoral en el caso de los niños, sentando más bien los cimientos de la capacidad para separar el adentro del afuera y pensar (Billow, 2004; Freud,

¹⁰ Lemma (2005) señala que, para estas mentiras, sería más probable encontrarlas en una estructura perversa.

¹¹ Rado (1933) se refirió a la fantasía de un pene ilusorio en ciertas mujeres que mentían patológicamente.

¹² Por ejemplo, para la formación del superyó (Segal, 2006).

1925a; Target, 2007). Esto se relacionó con la capacidad del niño y del adolescente (Wilkinson y Hough, 1996) de separarse de sus padres, descubriendo que puede pensar distinto (Blass, 2016). Por tanto, la capacidad de mentir a otros sería un logro del desarrollo (Billow, 2004; Halpert, 2000; Target, 2007) porque, para hacerlo, al menos se debería disponer de capacidad de mentalización (Kemp, 2009).

Ahora bien, ¿Por qué las mentiras se vuelven tan frecuentes durante la adolescencia (Billow, 2004)? Esto podría ocurrir por la reactivación y reactualización, a propósito del desarrollo, de conflictos edípicos y experiencias de la sexualidad infantil que habían permanecido sepultadas (Deutsch, 1982; Olinick, 1957). Esto traería aparejado el despertar de recuerdos reprimidos, fantasías y deseos inconscientes, acompañados a veces por mentiras¹³ (Billow, 2004; Deutsch, 1982; Halpert, 2000). En tal sentido, las mentiras de los adolescentes tendrían que ver con procesos de desarrollo que continúan su curso (Billow, 2004; Wilkinson y Hough, 1996) y se presentan como procesos de desfiguración que, como creaciones análogas al sueño, condensarían elementos del desarrollo psíquico previo y la sexualidad infantil (Deutsch, 1982).

Económicamente, las mentiras ofrecerían un modo alternativo de liberación de altos montos de libido que, de otra forma, resultarían excesivamente opresivos o dolorosos; manteniendo la represión (Deutsch, 1982; Olinick, 1957). Así, los recuerdos y fantasías inconscientes derivadas de estos conflictos tempranos se asociarían en una construcción como la mentira, para tomar una forma parecida a la realidad de lo ocurrido para el

¹³ Deutsch (1982) se refiere a la pseudología fantástica como una mentira con funciones especialmente creativas para elaborar algunas fantasías y deseos.

adolescente (Billow, 2004; Deutsch, 1982), cómo lo había percibido y sentido en su infancia (Arlow, 2018; Lemma, 2005).

Dinámicamente, las mentiras se formarían como estructuras de compromiso que, enmarcadas en el conflicto psíquico (Deutsch, 1982), edípico y transferencial (Kemp y Lorentzatou, 2013; Press, 2006; Weinshel, 1977), darían cuenta del inevitable vaivén del adolescente, entre una mirada hacia el pasado y el intento por adaptarse a las demandas de su realidad actual (Deutsch, 1982; Wilkinson y Hough, 1996). De hecho, Deutsch (1982) ubica algunas mentiras entre la salud y la neurosis, y, podríamos agregar, en la transición entre el desarrollo infantil y el adulto (Billow, 2004; Wilkinson y Hough, 1996).

HACIA UNA PROPUESTA PSICOANALÍTICA SOBRE LA FUNCIÓN DE LAS MENTIRAS EN EL PROCESO DE SUBJETIVACIÓN ADOLESCENTE

Como señalamos, las mentiras de los adolescentes tienden a ser patologizadas y entendidas como fuente de profundas alteraciones en las relaciones del sujeto con los otros, la identidad y la subjetivación (Molinari, 2010). Ahora bien, nuestra propuesta apunta a que existirían ciertos usos de la mentira que cumplirían una función de subjetivación en los adolescentes. A continuación, desarrollaremos los argumentos que sostienen nuestra propuesta.

La inconsistencia y el tiempo

Respecto de la adolescencia resulta central que, más allá de las posibilidades que los cambios corporales abren para el desarrollo psíquico, se inaugura una relación única con el

tiempo (Rassial, 1996; Vanier, 2001). Dicha relación estaría evocada en el significado mismo de la palabra adolescente, que lo lleva a verse empujado subjetivamente hacia la adultez, hasta una suerte de culminación en la figura del adulto que se mueve y se define en el tiempo social y cultural (Bleichmar, 2007; Vanier, 2001). No en vano, Bleichmar (2007) señala que la adolescencia es un espacio psíquico, no simplemente una etapa cronológica, biológica o incluso social, sino un conjunto de condiciones que convergen para la emergencia de un proyecto de subjetividad posible y su devenir en el tiempo. Es decir, no todos los adolescentes en edad de serlo lo son (Rodulfo, 2014), existiendo gran diversidad entre ellos y sus movimientos psíquicos (Blos, 1962). Más que un mero preludeo hacia la adultez, la adolescencia es un momento fundamental después de la infancia (Vanier, 2001), campo para replantear las posibilidades del sujeto desde un nuevo espacio transicional (Rodulfo, 1985). Como señala Rassial (1996, p. 9): “¿En qué medida es la adolescencia al mismo tiempo una consecuencia de la infancia y una entrada en la vida?”

Para el adolescente, se abre un pasaje potencial desde la impotencia infantil (genital y social) hacia lo imposible de la adultez, en donde todo lo prometido al adulto se escapa una vez más (Rassial, 1996; Vanier, 2001). De este modo se marca la irreversibilidad del tiempo para el adolescente, porque emerge como posible sujeto en ese “momento del entre”, pasaje entre la esperanza del porvenir del sujeto adulto y la desesperanza y desidentificación del niño por el cual se hace duelo (Bleichmar, 2007).

El adolescente se enfrenta, nada más y nada menos, que al problema de existir (Winnicott, 1961). Mira crudamente la inconsistencia en una multiplicidad de ámbitos, incluso en sí mismo, y se plantea la pregunta sobre cómo sostenerse subjetivamente (Rodulfo, 2014). Además, aparece la pregunta por el estatuto del Otro y del saber, en cuanto a su contenido y construcción (Rassial, 1996). Se plantea la ineludible tarea de espejear tal

inconsistencia, porque el adolescente muestra constantemente la grieta que ha descubierto en toda la estructura social: todas las normas, regulaciones, acuerdos, órdenes, saberes y verdades del mundo adulto son inconsistentes (Rassial, 1996; Rodulfo, 2014).

Por ello, se siente en conflicto con distintas formas de establishment, compuestas por la autoridad de los padres, la escuela, la religión, la política y la cultura, que defienden ciertos tipos de realidad/verdad, estándares y valores de los cuales el adolescente también tendrá que diferenciarse, buscando una visión propia (Billow, 2004; Wilkinson y Hough, 1996). He ahí la diferencia radical del adolescente con el niño: ya no puede creer en la brillantez de las estructuras y verdades de su infancia, sabe que nada garantiza dichas verdades y que cada estructura familiar, cultural e institucional -incluso su propia estructura- están llenas de incertidumbre (Rodulfo, 2014). El niño creía que el mundo adulto y las promesas que se le habían realizado contenían “en sí la verdad de la verdad” (Rodulfo, 2014, p. 2), pero el adolescente ha descubierto que todas esas estructuras -a las que él debe referenciarse forzosamente para su constitución subjetiva- no son confiables. ¿Cómo puede ser confiable cualquier cosa, persona o relación? Se instala, así, una constante y punzante pregunta por la verdad (Rodulfo, 2014).

El adolescente se vería desafiado a la exploración de sí y de los otros, cuestionando ese afuera e involucrándose en un proceso de creación. En este proceso, algunas verdades del mundo social y adulto pueden resultar extrañas y atemorizantes, por lo que el surgimiento de mentiras sería razonable en dicho intento creativo y transgresor (Kemp, 2009) que cuestiona y critica, pero también procura controlar la confusión (Lemma, 2005) y construir un relato propio (Billow, 2004; Wilkinson y Hough, 1996). Detrás de todo esto, ¿no hay también una pregunta por la inconsistencia y tachadura del sujeto mismo frente a la verdad de su deseo? El adolescente parece situarse, justamente, frente a esta pregunta (Bleichmar, 2007; Rassial,

1996; Vanier, 2001). En el mejor de los casos (Rodulfo, 2014), podrá procurarse una construcción en torno a esta pregunta, acción creativa y de considerable relevancia para la sociedad. Por el contrario, si el adolescente no tiene éxito en encontrar un arreglo a este conflicto, podría tomar el camino de la delincuencia, la conducta antisocial, el robo y las mentiras (Blos, 1962; Winnicott, 1954).

Ahora bien, ¿y si dicha dicotomía fuese falsa? ¿Si las mentiras fuesen, como ha señalado Winnicott (1954), un síntoma de esperanza? ¿Una forma de construcción posible? Rassial (1996) plantea que cuando el adolescente reconoce al padre-ley como mortal, falible y finito, la delincuencia y las conductas de transgresión no son más que parte de la búsqueda adolescente de reinscribirse en la cadena de significantes ¿Podrían ser las mentiras parte de dicha exploración subjetivante?

Por otra parte, a propósito del conflicto en la emergencia de un sujeto, Vanier (2001) plantea que la adolescencia debe interpretarse desde lo edípico, en tanto concentra la regresión a los elementos primarios a los que el adolescente tanto teme: la separación, el exilio y, en última instancia, la pregunta por la individualidad, la identidad sexual, el lugar en la triada edípica y en la sociedad (Rassial, 1996; Rodulfo, 2014). Esto trae consigo otro asunto central: si la adolescencia se interpreta a partir del conflicto edípico, la aparición de las mentiras tendría relación con la hostilidad y, más fundamentalmente, con poner de relieve los conflictos del sujeto con relación a la inesperada pregunta por la verdad de su propio deseo.

En segundo lugar, la relación del adolescente con el tiempo inaugura algo inconcebible para el niño: la idea de infinito o eternidad (Rassial, 1996; Vanier, 2001), pues es en la adolescencia cuando el sujeto se ve, por primera vez, como parte de una cadena de generaciones (padres, hijos, abuelos y sus abuelos), todos adultos que conocieron sus

limitaciones (Rassial, 1996). También aparece la idea de un tiempo finito: la mortalidad de los padres será la mortalidad de los hijos, la posibilidad de nuevas generaciones, nuevos sujetos, nuevos órdenes de la ley (Rassial, 1996). Esto nos lleva, nuevamente, a la pregunta por la verdad. Una pregunta que para el adolescente tendrá carácter de absoluta, porque para él la verdad ha de ser inviolable, eterna (Vanier, 2001). Ha de probar si tal verdad es verdad, efectivamente. Es decir, ante la inconsistencia de las verdades del mundo adulto (Rodulfo, 2014) y de la engañosa promesa edípica (Rassial, 1996), el adolescente dudará de lo que antes creyó cierto (Vanier, 2001) y, si de niño había creído como verdad algo que no lo era, procurará a toda costa continuar en la búsqueda de esa verdad eterna, para no caer en el mismo error.

De allí que las mentiras en la adolescencia tengan esa doble cualidad de probar la verdad y buscar otra, de responder a las mentiras con mentiras y, sobre todo, de buscar un modo propio de simbolizar lo que ocurre. Aparece entonces la función del significante, la cadena que no termina de remitir un significante a otro, una generación a otra (Rassial, 1996; Vanier, 2001). Hay por delante una tarea de reinscribirse y posicionarse en tanto sujeto, sujeto de deseo en las generaciones y la sociedad (Rassial, 1996; Vanier, 2001). Se trataría, por tanto, de un momento especialmente productivo para la subjetivación. Las mentiras tienen ese carácter provocador que tanto atrae al adolescente, no solo porque surgen prolíficamente en la ambivalencia (la mentira agrade, pero también invita a construir algo genuino), sino porque tienen la doble cualidad de preguntarse por la verdad a la vez que se alejan de ella, probando hasta dónde pueden llegar y ser legítimas (Vanier, 2001).

Individuación y Subjetivación

Tal como hemos señalado, es inevitable que las mentiras se vean desde un prisma patologizante si se plantean sus vínculos con la agresividad y la destructividad. Ahora bien, ¿no sería demasiado simplista este análisis? En realidad, si se toma en cuenta lo señalado por Winnicott (1954), la agresividad es inherente a los vínculos, a la relación del aparato psíquico con el mundo exterior (Winnicott, 1954), a la constitución psíquica (Winnicott, 1989) y a la posibilidad misma del amor, la reparación y la construcción (Winnicott, 1954). En todo desarrollo saludable, el ser humano expresará sus ideas destructivas conscientes e inconscientes por medio de la agresión, en juegos, sueños y en los objetos del exterior que se consideran dignos de destrucción, control o manipulación. Por tanto, la agresión es una reacción humana frente a la frustración o a la amenaza de peligro en la fantasía o en la realidad; y una de las principales fuentes que movilizan la posibilidad de vivir, crecer y relacionarse con el mundo (Winnicott, 1954). Por consiguiente, se encuentra en el fundamento de la constitución psíquica porque, a partir de ella, se reconoce la realidad exterior como distinta y separada del yo (Winnicott, 1989).

En el adolescente, la agresión seguirá conservando esas raíces. Además, en cuanto tiene una estrecha relación con las diferenciaciones entre el yo y el no-yo (Winnicott, 1954) -que despiertan una sensación de peligro de la integridad psíquica (Blos, 1979)- se vuelve más comprensible su relación con las mentiras y las defensas. La pregunta: ¿quién soy yo con respecto a los otros, en qué me diferencio y me asemejo?, enigma continuo de la adolescencia, irá aparejada del riesgo de la pérdida de sí mismo y de la identidad (Blos, 1979). En tal sentido, si la agresión se asocia con movimientos de separación y diferenciación (Winnicott, 1989), puede asociarse con el uso de las mentiras (Halpert, 2000; Molinari, 2010;

Target, 2007) y de la capacidad para pensar autónomamente (Freud, 1925a; Wilkinson y Hough, 1996).

El adolescente atraviesa separaciones, comenzando por el desprendimiento de ese saber creído desde su infancia, al constatar que le genera desconfianza y desesperanza (Billow, 2004; Rassial, 1996; Rodulfo, 2014). El joven advierte que es imposible creer en esa verdad, saber y ley dicha y hecha respetar por el adulto, sin amenazar su propia unidad (Rassial, 1996). En efecto, es desde esta posición de exclusión -y del intento por darle sentido- que para el adolescente cobrará relevancia la búsqueda (Rassial, 1996) por sentirse real (Winnicott, 1954), por una verdad última que haga frente a la incertidumbre (Rassial, 1996; Rodulfo, 2014). Es así como el reclamo por el derecho a la diferencia del adolescente resulta siempre un drama, un conflicto doloroso, multifacético y profundo que el joven tendrá que atravesar para inscribirse en la sociedad y en el lenguaje (Rassial, 1996). Como señala Winnicott (1954), se trata de un acto violento.

Desde aquí, ¿por qué no sería posible pensar que las mentiras son, en algunos casos, formas de expresión de la agresividad adolescente propia de los procesos de separación e individuación, modos de defenderse contra la pérdida de la integridad psíquica y, en tal sentido, una forma de subjetivación? Hacemos aquí la distinción entre el proceso de individuación y el de subjetivación, ambos presentes en la adolescencia y pudiendo entrelazarse, aunque diferentes. La individuación implica la constitución del individuo en términos del yo y sus mecanismos, al modo del planteamiento de Blos (1979) sobre un “segundo proceso de separación-individuación” en la adolescencia. Winnicott (1989) señala que el adolescente tratará de encontrarse a sí mismo, saliendo progresivamente de su dependencia infantil, en miras a su desarrollo como adulto y miembro responsable de la sociedad. Por otra parte, la subjetivación retoma un conflicto en donde las instancias

psíquicas se relacionan entre sí para permitir que ese individuo devenga sujeto, se apropie de un síntoma -puesto que antes solo podía ser un síntoma en el deseo de los padres- (Rassial, 1996) y, como tal, se relacione con su propio deseo. Por ello, Rassial (1996) define la adolescencia como un momento lógico a posteriori del estadio del espejo: el joven debe enfrentarse a la pregunta sobre cómo ser un sujeto más allá del ser o del fort-da infantil, en la lógica del tener, la dinámica del deseo y la pérdida del ser que se reconoce en falta para poder desear.

Así, el adolescente se jugará constantemente su estatuto de sujeto: está enfrentado al pasaje entre ser niño síntoma o tener un síntoma propio, asumir un saber adulto siempre dividido e incompleto, entre el descubrimiento del engaño de la promesa edípica (Rassial, 1996) y la inconsistencia de todo discurso Amo o dominante (Rassial, 1996; Rodulfo, 2014). Esto pone en jaque la antigua omnipotencia infantil (Winnicott, 1954) y el adolescente no tiene más que ponerse a buscar una nueva verdad, una nueva virtud, otra forma de inscribirse en el lenguaje, un ensayo de nuevo lazo social (Rassial, 1996).

¿Es la mentira un intento preliminar de apropiarse de un síntoma propio? ¿Una forma de buscar participación en ciertos lugares ensayados o una pregunta sobre lo que es real y sentirse real? ¿Un ensayo de verdades e inscripciones en el lenguaje, de poner a prueba el lazo social o impulsarlo a probar que puede ser más auténtico? Como dice Winnicott, “quien haga preguntas, debe prever que le contestarán con mentiras” (1954, p. 100). Podríamos decir: quien espere confianza, ha de esperar que esta se ponga a prueba. Lo mismo en el desarrollo de un sujeto ¿Cómo pensarlo sin conflicto, más aún en la adolescencia?

El adolescente mostrará una propensión a la agresión, que se expresará de múltiples formas -la mentira es solo una de ellas- y conllevará fuertes sentimientos de culpa asociados a las relaciones de objeto y de amor, de las cuales el joven aún no logra hacerse plenamente

responsable (Winnicott, 1989). En tal sentido, el adolescente en desarrollo va procurando construirse un proyecto que contenga una cierta confiabilidad (Winnicott, 1989), no exento de conflictos, porque solo a través y por medio del conflicto será posible alcanzar la madurez (Blos, 1979) y la posibilidad de subjetivación (Rassial, 1996; Rodulfo, 2014). Además, en el adolescente aparecen paradójicamente entrelazados la necesidad de sentirse real y los sentimientos de irrealidad y despersonalización asociados a los conflictos y dificultades propios de la operación que tiene ante sí, terreno propicio para probar y desafiar a la sociedad a través de múltiples formas, como los comportamientos antisociales (Winnicott, 1954).

Ahora bien, desde esta idea de conflicto, la figura del adolescente aparece en una situación mucho más dramática que la del niño, en tanto se hace patente el lugar de la exclusión, del no-lugar (Rassial, 1996) o del aislamiento (Winnicott, 1954). Esto porque, si en la adolescencia hay una reactivación -o al menos una revisión- del Edipo, se pondrá de relieve la expulsión del triángulo edípico familiar hacia lo extrafamiliar, lo que conlleva que el adolescente viva una reorganización de sus ideales, con una cierta necesidad de encontrar la universalización de sus principios o del mismo saber que él está reevaluando. Es esto lo que marcará la consabida cualidad del adolescente para detectar y señalar las contradicciones de los discursos y enunciados adultos (Billow, 2004; Rassial, 1996). Al mismo tiempo, el adolescente se enfrentará a la constatación de que las instituciones que antes le sirvieron de referencia (familia y escuela, entre otras) ahora se muestran inconsistentes (Billow, 2004; Rodulfo, 2014), teniendo que asumir su propia posición incierta: ¿soy adulto o niño? Algo de lo imposible se revela en ese no-lugar que aún no está constituido como tal, pero que plantea el desafío ineludible de comenzar a construirse (Rassial, 1996), de buscar más allá de los vínculos familiares -en la relación con los pares o la banda- a otros que, como él, se

encuentren en una situación de borde, de límite en donde se pueda pensar en otra verdad o ley que pudiera crearse (Rassial, 1996).

Por tanto, es posible señalar que las mentiras pueden expresar estos procesos complejos y, en cierto sentido, impulsar al adolescente para atravesarlos. Tal como señalan Wilkinson y Hough (1996), las mentiras posibilitarían un cierto juego con la verdad, avanzando hacia la formación de la identidad, negociando con roles y referencias de pares y adultos, espejando las inconsistencias y contradicciones en sus discursos (Rodulfo, 2014) y ensayando con ideales y valores nuevos (Billow, 2004; Rassial, 1996).

Avería del superyó, tendencia antisocial y falso self: formas de relación del adolescente

Si el adolescente está intentando separarse y diferenciarse de sus padres reales y fantaseados, de la sociedad y de otros adultos, también intenta hacer un puente entre estas separaciones y las grietas que ha descubierto (Rassial, 1996). En este intento de puente o sutura, el adolescente se ve confrontado a lo que Rassial (1996, p. 36) califica como “avería del superyó”, es decir, la urgencia necesaria de violar las leyes, recurrir a la rebeldía y/o la anarquía, todos como síntoma social del pasaje que atraviesa la adolescencia, intentando inscribirse en el circuito simbólico de la reproducción -y no solo de la repetición- en la cadena de generaciones (Rassial, 1996). De hecho, el joven atraviesa una reorganización radical de su superyó (Blos, 1979). Esta es otra de las razones de por qué la adolescencia es un tiempo turbulento, más allá de ajustes yoicos e imaginarios: se transforman las instancias psíquicas, sus relaciones, los ideales y las referencias, la relación entre las dimensiones de lo real, simbólico e imaginario (Rassial, 1996). Son estas transformaciones las que invitan al adolescente a preguntarse por una ética de sí mismo (Rassial, 1996; Vanier 2001).

Rassial (1996), por ejemplo, sostiene que el adolescente se ve enfrentado al juego entre el superyó de origen parental y un superyó colectivo. El primero se ve confrontado por el descubrimiento de que la promesa edípica es engañosa y por el hecho de que, como promesa de goce futuro o de relación sexual, no garantiza una verdadera intersubjetividad ni tampoco una relación al Otro (Rassial, 1996). Por otra parte, el superyó colectivo se revela también como insuficiente, pues prolonga y complejiza las prohibiciones del superyó parental, sin entregar solución a lo engañoso de su promesa. Además, el adolescente descubrirá que los discursos de ambas formas de superyó, pese a su relación, están separados por un hiato infranqueable (Rassial, 1996). En este punto, el adolescente tratará de sostener un discurso contra el otro y superar ese hiato mediante la participación política o saltándose las coerciones externas de la ley, los límites de las estructuras y los sistemas familiares, replanteando profundamente sus valores (Billow, 2004; Rassial, 1996). Esto marcaría la cercanía de la adolescencia con la toxicomanía (Rassial, 1996), la delincuencia, las conductas antisociales (Blos, 1979; Winnicott, 1954) e incluso la locura (Rassial, 1996).

Winnicott (1954) ha señalado que las mentiras, la pseudología fantástica, los robos y la tendencia antisocial constituirían un síntoma de esperanza para sujetos que, como los adolescentes, creen que no tienen derecho a reclamarle algo al mundo o piensan que la sociedad no desea abrirles un lugar. Asimismo, subrayó que las mentiras adolescentes planteaban una pregunta a los adultos y a la sociedad en su conjunto, aun cuando tienen significados y funciones singulares (Rassial, 1996; Winnicott, 1954). En tal sentido, la intolerancia que podrían despertar de parte del mundo adulto puede ser perjudicial para el joven que está en proceso de desarrollarse y ser un miembro valioso de la sociedad, experimentando nuevas formas de existir en el mundo (Rassial, 1996; Winnicott, 1954).

Por otro lado, Rassial (1996) asocia esta suerte de patologías o síntomas transitorios con el proceso fundamental que el adolescente debe realizar con respecto a la validación de la operación infantil de inscripción o forclusión del Nombre-del-Padre. Este proceso implica un momento estructurante de descalificación de los padres por parte del joven, lo que lo pondrá en una situación de riesgo (Rassial, 1996). El tendrá que superar esta situación sustituyendo a sus padres por otro vínculo grupal extrafamiliar, como los pares (Rassial, 1996). Asimismo, esto abre la posibilidad a un momento especialmente creativo e inventivo, en donde el adolescente tendría que autorizarse a sí mismo para elegir o crear opciones propias -por ejemplo, al desarrollar un interés profesional o un oficio- que lo acercaría a una refundación de su propia identidad (Rassial, 1996). En tal sentido, las mentiras -sobre todo las cercanas a la pseudología fantástica (Deutsch, 1982)- tendrían un rico potencial de creatividad e invención, al hacer esta refundación e inscripción propia.

Winnicott (1954) enfatizaba que la agresión adolescente y su expresión a través de la tendencia antisocial y las mentiras no debía negarse ni curarse, sino que permitirse y acompañarse, en tanto resulta importante para la sociedad y su expresión permite la aceptación de cierta responsabilidad por parte del adolescente, sirviendo a los fines de la reparación, restitución y construcción (Billow, 2004). Después de todo, la agresión se encuentra en toda posibilidad de amar, hacer arte, jugar, simbolizar, relacionarse con los demás y trabajar (Winnicott, 1954). En efecto, la posibilidad de contribuir permite tolerar la propia agresividad y destructividad que, aun apareciendo compulsiva y engañosamente, pueden resultar más sinceras que el deseo constructivo y apelar a la búsqueda de la verdad sobre sí mismo y sobre lo social (Winnicott, 1960). Para ello se requiere que los adultos puedan soportar la prueba del adolescente, sorteando ese intento destructivo y a veces incluso tramposo o mentiroso, para comprobar si aparejado a él el joven puede también apoderarse

de lo que le interesa, jugar y construir(se) (Winnicott, 1954). De este modo, el adolescente probará el marco desde donde podrá sentirse lo suficientemente libre, confiado e irresponsable como para poder jugar y desarrollarse (Winnicott, 1954).

Desde aquí se observan vínculos con el idealismo, compromiso y participación política y social de los jóvenes, su potencial revolucionario, el cual muchas veces se expresa en sus luchas sociales o políticas (Rassial, 1996). Pero también vínculos entre la dimensión fantasiosa de ese idealismo y las mentiras, que muchas veces vienen a contribuir a las formas en que los adolescentes pueden imaginar nuevas posibilidades (Aulagnier, 2018; Deutsch, 1982). Así, surgen relaciones entre los adolescentes y las revoluciones y cambios sociales de ciertos periodos históricos (Vanier, 2001; Winnicott, 1989). De acuerdo con ello, si comprendemos que parte de la adolescencia tiene relación con revivir la ilusión primordial creativa, no es de extrañar que el adolescente se presente como un idealista (Vanier, 2001), como un mentiroso o como ambos.

Por otra parte, si el adolescente trabaja intensamente para conocer más de esa herencia cultural y social, para construirse un proyecto (Winnicott, 1989), también descubrirá que parte de esa herencia y parte de esas formas de relación social son engañosas y no por ello negativas (Billow, 2004). Un ejemplo de ello es la distinción que Winnicott (1960) hace entre verdadero y falso self. Ahora bien, ¿por qué el adolescente necesitaría un falso self? Como señala Winnicott (1960), en la etiología del falso self se reúnen varias condiciones asociadas a las primeras relaciones objetales y al desarrollo de un vínculo del niño con el mundo exterior y social, a la vez que va integrando su psiquismo. Varias de estas condiciones se repiten en la adolescencia, nuevo momento en que el adolescente revisa sus relaciones y su forma de relacionarse con el mundo exterior (Blos, 1979).

Además, el falso self aparece cuando el yo está reuniendo fuerzas ante las exigencias ambientales y mediante las cuales, gracias a la respuesta del falso self protector, el self verdadero podría verse fortalecido (Winnicott, 1960). En este sentido, el falso self es siempre una defensa contra la explotación del self verdadero ante dichas exigencias y, por tanto, su inexistencia (Winnicott, 1960). Asimismo, Winnicott (1960) señalará que el falso self aparece cuando el desarrollo del verdadero se ve interrumpido, cuestión que iría aparejada con dos fenómenos propios de la adolescencia: la ruptura de las continuidades existenciales de la infancia (Rodulfo, 2014) y las experiencias que reaccionan al exterior por medio de la sumisión, como aquellas que producen angustia, ansiedad o incapacidad de sostén (Bleichmar, 2007; Rodulfo, 2014; Winnicott, 1960).

Así, si las mentiras pueden ser comprendidas como una puesta en función del falso self (Bollas, 1987), muchas veces ocurrirá que el adolescente oscilará entre el falso self y la expresión intensa del verdadero self (Winnicott, 1960). Este problema reaparecerá constantemente en la clínica con adolescentes puesto que, cuando se cuestionen los compromisos o costumbres del antaño niño, el verdadero self buscará mostrarse sobre el ser sumiso (Winnicott, 1960). Lo curioso de esto es que el tipo de mentiras propuestas parecen ocupar un lugar ambiguo con relación al verdadero y falso self. ¿Son rigidizaciones del falso self que impiden el jugar? ¿Son formas de hacer vivir al verdadero self? ¿No ocurre, muchas veces, que son ellas las protegen al verdadero self en proceso de constitución, mientras el joven se relaciona con el mundo? ¿Una mentira que protege la privacidad del adolescente de la mirada de los padres, será un modo de sentirse real en otra parte? ¿Puede una mentira creativa hacer aparecer ese gesto espontáneo que solo es posible desde el verdadero self?

De hecho, Winnicott (1960) señala que la defensa del falso self podría llegar a sublimarse, al punto de permitir originales formas de juego y simbolización, como en el caso

del actor o escritor. En otros casos, el falso self podría crear una membrana restrictiva que separaría el interior y el exterior del sujeto (Winnicott, 1960). Esto se relaciona con la idea del “valor de los síntomas para la persona enferma”, como una nota para un trabajo posible con el falso self y las mentiras (Winnicott, 1960, p.173). Al mismo tiempo, el sujeto que utilice saludablemente el falso self podría, de hecho, presentar un aspecto sumiso e igualmente crear y emplear símbolos, situándose en una zona intermedia, un espacio transicional entre la realidad y el sueño, en el corazón del arte y la vida cultural (Winnicott, 1960). Es aquí donde proponemos situar las mentiras subjetivantes de los adolescentes.

De adolescentes y ficciones

El adolescente desafiará la lengua del mundo adulto y de las instituciones como la escuela, al percibirla como alienante. Se abrirá así a la transgresión y la subversión creativa (Rassial, 1996), creando metáforas, produciendo nuevas formas de hablar, poetizar y escribir, nuevos modismos y formas de acercarse al lenguaje y al discurso, excediendo y provocando la lengua y el discurso Amo (Rassial, 1996; Vanier, 2001).

Asimismo, el adolescente se sitúa entre dos lenguas, la del niño y la del adulto, la del niño capturado por lo dicho por el adulto, y desde allí pone en cuestión no solo a quiénes dicen, sino qué dicen y cómo lo dicen (Rassial, 1996). El adolescente descubre así que, para apropiarse de su lengua materna, es necesario pasar por ciertas pruebas, por el aprendizaje de nuevas palabras y formas de escritura, además del reconocimiento de la existencia de varias otras lenguas (Rassial, 1996). Esto articula una doble subjetivación, la del adolescente que es habitado por la lengua y la de él mismo como sujeto que está habitando la lengua: es decir, que se apropia de una palabra singular que lo sitúa, designa, marca, distingue y sostiene

con respecto a su generación y a la cadena de generaciones, con un linaje e historia familiar y social particular (Rassial, 1996). Así, el adolescente se plantea recapitulaciones de la lengua y, además, tiene como tarea plantear(se) nuevos sentidos a sus formas de apropiación (Rassial, 1996). ¿Podrían ser las mentiras un intento de reapropiación de la posibilidad de crear nuevos sentidos sobre el lenguaje y su relación con la verdad?

Rassial (1996) considera la adolescencia como un tiempo de escritura, en donde existe una potencialidad para la literatura y las ficciones, en tanto dicha escritura representa una pérdida (Aceituno, 2013), el fin de un proceso que se inicia en la infancia. ¿Cómo se relaciona la escritura con las mentiras? La escritura se vuelve fundamental en el momento en que el adolescente descubre el engaño de la promesa edípica y, tras ella, el engaño del significante (Rassial, 1996). Busca así otras verdades, otras leyes que no se le presenten como los engaños familiares y sociales que obturan la posibilidad de un deseo propio (Rassial, 1996). Además, si la lengua materna sostiene la promesa edípica ahora revelada como engañosa, es claro que ésta pierde su estatuto de confiable y, por tanto, el adolescente buscará la verdad en otro lugar (Rassial, 1996). Por ello, Aceituno (2005) subraya que se trata de la subjetivación y no solamente de la identidad, individualización o subjetividad, ya que el estatuto de sujeto no es totalmente estable, sino que va produciéndose constantemente, acorde al espacio y al tiempo. Esto pone en el centro la dimensión ficcional y constructiva de la subjetividad (Aceituno, 2005).

En efecto, la idea del inconsciente introduce en el síntoma -y en la posibilidad misma de la subjetivación- el carácter deseante que se expresa mediante rodeos en la ficción, la invención de relatos, mitos (Aceituno, 2001) y mentiras, podríamos agregar. El sujeto participará así en la producción de sí mismo, como testigo y personaje del origen y de su historia primordial (Aceituno, 2001).

Solo desde aquí el adolescente podrá reconocerse e identificarse en diversas referencias, inventando, discutiendo y transgrediéndolas creativa y lúdicamente (Aceituno, 2001). En tal sentido, como quehacer práctico y escritural, el sujeto puede constituirse y reformularse a sí mismo en la adolescencia (Aceituno, 2001), utilizando las mentiras como parte de las posibilidades de hacer ficción. El adolescente expresa así, de un modo ficcionado o novelesco, al igual que cualquier otro sujeto, su verdad histórico-vivencial (Aceituno, 2005). Allí toma relevancia la dimensión productiva -y no solo repetitiva- de la simbolización de su historia, como única forma de que estas ficciones tengan valor subjetivante, de proyección y transmisión cultural (Aceituno, 2005).

Al mismo tiempo, la mentira como síntoma -en su condición de texto inconsciente ficcional- es también una forma de expresión del intento de respuesta a la pregunta por la verdad del sujeto y la verdad sobre su constitución en el tiempo, intento conflictivo y lleno de contradicciones (Aceituno, 2013). En tal sentido, la mentira se relaciona con la pregunta por la verdad, pero también es, en tanto formación del inconsciente, un mensaje sobre la propia subjetividad dirigido a otros (Aceituno, 2013).

En la misma línea, Rassial (1996) advierte el interés de los adolescentes por las historias de héroes, superhéroes, los cómics, la ciencia ficción y el cine. Reconoce que la figura del héroe -su posición y estatuto- se acerca bastante a lo que está en juego en la adolescencia, en tanto tiempo lógico que cambia la consistencia imaginaria del Nombre del Padre y posibilita la apropiación del síntoma (Rassial, 1996). Se trata del relato sobre el pasaje de una condición o espacio a otro, atravesando diversas pruebas (Rassial, 1996). Así, el interés del adolescente por las ficciones -escribiéndolas él mismo, leyéndolas o diciéndolas como mentiras- forma parte de su proceso de subjetivación (Rassial, 1996). De hecho, las ficciones serán un “tesoro de los significantes, es decir, uno de los lugares del Otro” para el

adolescente (Rassial, 1996, p. 100). Rodolfo (2014) remarca la importancia de la invención y las ficciones en el juego, puesto que solo así tendrá lugar un trabajo sobre la historia personal, familiar y social; así como sobre las posibles identificaciones y roles a ocupar.

Por otro lado, Bollas (1987) reconoce el valor de las mentiras como metáforas, pues representan verdades psíquicas de modo más transgresor y evocativo que si lo hicieran por el mero símil o la manifestación directa. De este modo, en las mentiras se utiliza una imagen o yuxtaposición inusual para decir o representar una verdad inconsciente que se resiste a su transmisión descriptiva. En tal sentido, la metáfora de las mentiras no niega la relación con la verdad del sujeto sino que omite el vínculo, expresándolo de otro modo, incluso diciendo lo omitido o desfigurado con más fuerza (Bollas, 1987). Por tanto, no interesará tanto el contenido de la mentira como el proceso mismo de inventar cosas, es decir, la elaboración de un proceso expresivo en donde se experimenta libremente (Bollas, 1987). Ogden (2016) subraya que permanentemente hacemos metáforas para expresar nuestro inconsciente, porque la experiencia inconsciente es, en sí misma, inaccesible a la consciencia y por ello solo es posible conocerla a partir de metáforas, discursos, relatos y ficciones.

A través de estas mentiras -entendidas como metáforas creativas- el adolescente puede acercarse a una sensación de vitalidad, integración y confianza, basada precisamente en la libertad de poder expresarse de un modo distinto al convencional (Bollas, 1987). De hecho, podría ocurrir que el sujeto mintiera para humanizarse a sí mismo, frente a los complejos desafíos que se le presentan (Bollas, 1987). De esta forma, Bollas (1987) reconoce la relación entre narraciones, ficciones y mentiras, donde se crea un relato que envuelve no solo al sujeto, sino también al otro que lo escucha: cuando la mentira se devela, se experimenta la ruptura sorpresiva de una ilusión.

Pensando en la relación del jugar y las mentiras con el arte, Greenacre (1958) recalca que en la figura del artista “impostor” es posible encontrar cruces entre lo creativo, lo falso y el intento de desarrollo del psiquismo y la identidad. En la misma dirección, Rassial (1996) cita a Montaigne para subrayar que los adolescentes hacen ensayos, en el doble sentido de ficciones y experiencias diversas. Resulta necesario reconocer los nexos entre la creación de mitos -tanto personales como sociales- y la actividad de la fantasía, el juego (Freud, 1908 [1907]) y las mentiras (Hachet, 1999). Esto porque, si el adolescente testimonia el enfrentamiento entre el yo ideal y el ideal del yo, en las transformaciones del superyó se encontrará ante la duda y la curiosidad por su filiación, sus ancestros y su novela familiar; pudiendo inventar otro origen, otros padres u otra familia posible para sí mismo. El adolescente se interesará ampliamente en la historia y la genealogía, buscará refugio en dichas ficciones y creará las suyas propias (Rassial, 1996).

Por tanto, las mentiras resultan necesarias en relación con las ficciones, mitos y relatos que constituyen no solo al sujeto, sino que a las sociedades en su conjunto (Hachet, 1999). De acuerdo con esto, es posible vincular las mentiras con la posibilidad de construir mitos, puesto que en éstos últimos se trataría de historias que no son comprobables, pero que tienen una gran fuerza simbólica y de verdad (Hachet, 1999). Al menos una parte de la historia tiene un carácter mítico, porque el mito es precisamente aquello: un relato, una construcción individual y/o social sobre el origen de las identidades, subjetividades y culturas (Aceituno, 2013). Teniendo esto en cuenta, Wilkinson y Hough (1996) analizaron a dos adolescentes adoptados con historias de maltrato e institucionalización, que mentían constantemente. Al igual que en el análisis de Lemma (2005) sobre su paciente Tony, dichas mentiras funcionaban como verdades narrativas que daban continuidad a lo fragmentado de sus historias y a su representación de sí mismos (Wilkinson y Hough, 1996). Curiosamente los

mitos, al igual que las mentiras, también tienen una relación con los mecanismos de defensa, en tanto se levantan como construcciones frente a traumatismos o elementos de la historia cultural reprimida, muy difíciles de elaborar y simbolizar de otro modo (Hachet, 1999).

La introyección progresiva de estos elementos pasará necesariamente por una etapa de desfiguración, falseamiento, desplazamiento o incluso renegación, para posteriormente ir avanzando hacia modos de elaboración más complejos o aceptables (Hachet, 1999). Desde aquí, Hachet (1999) hace una distinción relevante en el caso de las mentiras de los adolescentes: la etapa de desfiguración o falseamiento será transitoria, cercana temporalmente al evento o la crisis que se intenta simbolizar y con el tiempo será reemplazada por modos más complejos de elaboración, salvo que se vincule con experiencias específicamente traumáticas, lo que implicaría su uso más duradero. Esto coincide con el análisis de Wilkinson y Hough (1996), cuando se refieren a las mentiras de adolescentes que vivieron graves maltratos y abandonos.

Para el adolescente, entonces, una buena mentira es aquella pronta a desaparecer (Hachet, 1999), como un fenómeno necesario y pasajero -podríamos decir transicional (Rodulfo, 1985)- hacia la subjetivación. El carácter mentiroso de la construcción ficcional resulta fundamental en los procesos de historización y simbolización pues, a partir de las primeras representaciones falsas o engañosas, los sujetos podrán reconocer progresivamente lo vivido: es decir, no habrá movimiento ni transformaciones subjetivas sin mitos o mentiras (Hachet, 1999). Sólo si persisten, darían cuenta de procesos y conflictos que no han podido ser elaborados, dificultando el desarrollo psíquico y la subjetivación (Hachet, 1999).

DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES

La insistencia de ciertos adolescentes por las mentiras entraña una profunda y compleja pregunta por la verdad, un intento por encontrar una certeza última que parezca más segura que todo aquello que, ante las demandas del desarrollo, se reestructura y deviene incierto (Rassial, 1996; Rodulfo, 2014). Como todas las mentiras, son también expresión de una verdad inconsciente y aluden al carácter histórico-vivencial de dicha verdad (Bollas, 1987; Deutsch, 1982; Hachet, 1999).

Hemos señalado que existen pocos trabajos que apunten directamente a las mentiras del adolescente y, en general, abordan el fenómeno basándose en modelos de adultos o niños, como si fuese posible generalizar las problemáticas específicas de cada grupo (Wilkinson y Hough, 1996). Ahora bien, estos trabajos nos permitieron una aproximación a las raíces, complejidades y funciones de las mentiras (Weinshel, 1977), algunas de las cuales brindaron luces sobre las formas del mentir adolescente (Lemma, 2005). Así, las mentiras pueden ser mecanismos de defensa u operar como resistencias para desfigurar una verdad inconsciente difícil de reconocer (Plut, 2010; Weinshel, 1977). También pueden ser síntomas asociados a traumas (Hachet, 1999; Wilkinson y Hough, 1996), relaciones objetales engañosas, intermitentes o avasalladoras (Bollas, 1987; Greenacre, 1958; Lemma, 2005), despertar de conflictos edípicos (Freud, 1909; Halpert, 2000; Lemma, 2005), psicosis (Deutsch, 1982; Greenacre, 1958), perversión (Arlow, 2018; Heyer, 2015), adicciones (Kemp, 2009), conductas antisociales y trastornos de la personalidad (Kemp, 2009; Luz, 2009). Desde nuestra perspectiva, estas posibilidades no agotarían el fenómeno ni darían cuenta de la singularidad de su aparición en el proceso adolescente, aproximación que nos lleva a proponer otro uso de la mentira, que tendría una función subjetivante.

Dicha mentira se vinculará con los procesos de separación, individuación y diferenciación de los adolescentes (Luz, 2009; Rodulfo, 1985; Wilkinson y Hough, 1996), afirmando su propia identidad o verdadero self (Winnicott, 1960) y la posibilidad de privacidad frente a otros adultos -especialmente los padres y, por añadidura, los analistas- (Aulagnier, 2018; Billow, 2004). Asimismo, este tipo de mentira estaría relacionada con la pseudología fantástica y el arte, en el sentido creativo y lúdico (Deutsch, 1982) del soñar e inventar mitos, relatos propios que hablen de una verdad histórico-vivencial (Hachet, 1999; Wilkinson y Hough, 1996). Ello solo será posible si se enmarcan como un fenómeno transicional y lúdico (Rodulfo, 1985), más que como defensas o falso self rigidizados (Davies, 2016). En tal sentido, resulta necesario advertir que es poco probable encontrarse con formas puras de estas mentiras, puesto que pueden aparecer entremezcladas (Kemp y Loretzatu, 2013): por ejemplo, cuando se trata de una mentira subjetivante que, a la vez, opera como un mecanismo de defensa.

Teniendo en cuenta ello, proponemos que el trabajo analítico con las mentiras de los adolescentes es posible, particularmente si se piensa en que la verdad histórico-vivencial se construye y reconstruye a partir de ficciones (Aceituno, 2013). Además, en el hecho de que las mentiras del adolescente también pueden construir una relación analítica auténtica y confiable (Busch, 2016; Davies, 2016; Luz, 2009).

Considerando la importancia subjetivante que parecen tener estas mentiras, llama la atención la perspectiva patologizante y adultocentrista con la que han sido analizadas. ¿Por qué, si se ha señalado que sería posible trabajar con adultos que mienten, no sería así con los adolescentes? ¿Por qué no considerar que el joven continúa en un desarrollo plástico de sí mismo y que las mentiras aún no se han rigidizado, como podría ocurrir en la adultez? ¿Por

qué las mentiras propias del desarrollo infantil parecen hacer más eco en las propuestas teórico-clínicas que las vinculadas con los procesos de subjetivación adolescente?

Rassial (1996) subraya que muchas de las conductas o síntomas que en el adulto resultarían patológicas, en la adolescencia no lo son y que, a partir de ellas, el joven experimenta nuevas formas de existir en el mundo, desarrollarse y crecer. Por ello, las mentiras no solo contribuyen en los procesos de separación, individuación y subjetivación del adolescente, sino que también dan cuenta de la construcción de un sujeto adulto con una ética y un modo de desenvolverse en el mundo (Rassial, 1996). En tal sentido, el desafío de tratar adolescentes que mienten transitará, necesariamente, por el carácter límite de la experiencia adolescente; límite que apreciaremos también en la ambigüedad de sus manifestaciones psicopatológicas (Rassial, 1996). Es así como, al poner de relieve el límite que el adolescente representa para la técnica analítica clásica, muestra también los límites del propio analista. ¿Se trata de límites que derivan de los fundamentos del psicoanálisis, o más bien de una formación analítica que privilegia aspectos ideales de una cura tipo, más que la posibilidad de invención situada en cada caso? (Rassial, 1996).

El adolescente siempre interroga y sus preguntas pueden leerse como ataques, no solamente porque miente (Aulagnier, 2018; Rassial, 1996). Hay que reconocer que el mismo psicoanálisis y los psicoanalistas suelen actuar defensivamente al respecto, en circunstancias que la dificultad para trabajar con las mentiras de los adolescentes podría derivar de otras fuentes, además de las ya señaladas complejidades de su desarrollo (p. ej., de la contratransferencia). Atendiendo a esto, proponemos que la mejor posibilidad clínica provendrá de la oferta de un espacio donde estas mentiras subjetivantes puedan desplegarse y utilizarse como materiales de trabajo, en una relación analítica que acompañe al adolescente en su devenir. Ahora bien, ¿para qué trabajar clínicamente con este tipo de mentiras si, de

todos modos, posibilitarán la subjetivación? ¿Para qué embarcarse en un proceso analítico complejo y difícil? Tratándose de un proceso de desarrollo esperable y sano, Winnicott (1954) sugería que la única cura posible para las problemáticas adolescentes era el paso del tiempo.

No estamos enteramente de acuerdo con esta afirmación. Si se trata de un empeño por evitar la psicopatologización de las variadas expresiones que toman los ensayos de subjetivación del adolescente, podría tratarse de una propuesta sensata (Rodulfo, 2014). En efecto, Rassial (1996) subraya que no hay ninguna necesidad de intervenir o patologizar estas expresiones porque, cuando el atravesamiento que hace el adolescente concluya, finalizarán solas. El analista no debe ceder a la tentación de intentar curar (Hachet, 1999) y tampoco ha de precipitarse en el juicio adultocentrista sobre la superficialidad -o escasa seriedad- del adolescente para acatar los mandatos parentales o sociales (Rodulfo, 2014; Winnicott, 1971).

Ahora bien, tampoco sería prudente que el analista descartara precipitadamente un trabajo con las mentiras del adolescente, por considerarlas parte de una etapa que pasará con el tiempo. Es necesario que el analista esté disponible para acompañar el proceso (Rassial, 1996) del que dan cuenta las mentiras (Luz, 2009; Wilkinson y Hough, 1996) ya que, de no darle lugar, la situación podría mejorar solo en apariencia, por la represión secundaria de las preguntas que plantean (Aulagnier, 2018). Esto detendría el proceso de subjetivación adolescente, limitando sus recursos subjetivos y ficcionales (Rodulfo, 2014). Sería esperable, además, que las preguntas en espera de elaboración retornen en la vida adulta, provocando un malestar en el futuro (Rassial, 1996; Vanier, 2001). Así, las mentiras podrían cronificarse, perdiendo su potencial lúdico, transformándose en problemas para el futuro adulto.

Se trata de un campo de intervención clínica relevante, que consiste mucho más en tomar en serio las preguntas de los adolescentes -en tanto ensayos imprescindibles en su

proceso de subjetivación- que en ofrecer respuestas que las acallen, las repriman o impliquen que el joven salga del discurso para arrojarse a los actos (Rassial, 1996). O, peor aún, se conforme con una adultez sin sueños, proyectos ni participación social (Bleichmar, 2007; Rodulfo, 2014). En tal sentido, el elogio de la mentira (Heyer, 2015; Plut, 2010) puede ser tan peligroso como su patologización, que desconoce su potencial subjetivante (Hachet, 1999; Rodulfo, 2014; Wilkinson y Hough, 1996). Consideramos que el mayor aporte de este trabajo es abrir un debate necesario para la teoría y la práctica del psicoanálisis con adolescentes que, esperamos, continúe en futuras contribuciones sobre el tema.

REFERENCIAS

- Abraham, K. (1935). The History of an Impostor in the Light of Psychoanalytical Knowledge. *Psychoanal Q.*, 4(4): 570-587.
- Aceituno, R. (2001). El síntoma psicoanalítico: clínica y cultura. *Revista de Psicología*, X (1): 111-130.
- Aceituno, R. (2005). Trauma, memoria y transmisión. Notas sobre historia y psicoanálisis. *Revista de la Academia*, (10): 177-183.
- Aceituno, R. (2013). *Memoria de las cosas*. Santiago, Chile: Ediciones Departamento de Artes Visuales Universidad de Chile.
- Allison, E. y Fonagy, P. (2016). When is truth relevant? *Psychoanal Q.*, LXXXV (2): 275-303.
- Arlow, J. (2018). Fantasy, Memory, and Reality Testing. *Psychoanal Q.*, LXXXVII (1): 127-148.
- Aulagnier, P. (2018). El derecho al secreto: Condición para poder pensar. *Revista uruguaya de Psicoanálisis*, (126): 13-34.
- Bell, D. (2009). Education Section: Is truth an illusion? *Psychoanalysis and postmodernism. Int J Psychoanal*, 90: 331–345.
- Billow, R. (2004). A falsifying adolescent. *Psychoanal Q.*, LXXIII: 1041-1078.
- Blass, R. (2016). The quest for truth as the foundation of psychoanalytic practice: a traditional freudian-kleinian perspective. *Psychoanal Q.*, LXXXV (2): 305-337.
- Bleichmar, S. (2007). La difícil tarea de ser joven. En: Bleichmar, S., editora. *Dolor País y después...*, p.58-63. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Libros del Zorzal.

- Blos, P. (1962). The concept of acting out in relation to the adolescent process. *J. Amer. Acad. Child Psychiat.*, 2:118-136.
- Blos, P. (1979). *The Adolescent Passage*. New York: Int. Univ. Press. [(1981). *La transición adolescente*. Buenos Aires, Argentina: ASAPPIA y Amorrortu Editores.].
- Blum, H. (2003). Psychoanalytic Controversies: Repression, transference and reconstruction. *Int J Psychoanal.*, 84: 497-513.
- Bollas, C. (1987). *The shadow of the Object: Psychoanalysis of the Unthought Known*. Londres, Inglaterra: Free Association. [(1997). *La sombra del objeto: Psicoanálisis de lo sabido no pensado*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores.].
- Busch, F. (2016). The search for psychic truths. *Psychoanal Q.*, LXXXV (2): 339-360.
- Civitarese, G. (2016). Truth as immediacy and unison: a new common ground in psychoanalysis? Commentary on essays addressing “is truth relevant?”. *Psychoanal Q.*, LXXXV (2): 449-501.
- Collins, S. (2011). On authenticity: the question of truth in construction and autobiography. *Int. J. Psychoanal.*, 92:1391-1409.
- Davies, J. (2016). The man who would be everything (to everyone): The unconscious realities and fantasies of psychic truth and change. *Psychoanal Q.*, LXXXV (2): 361-389.
- Deutsch, H. (1982). On the pathological lie (pseudologia phantastica). *J Am Acad Psychoanal*, 10 (3): 369-386.
- Freud, S. (1895). Studies in hysteria. *S. E.*, 2.
- Freud, S. (21 de septiembre de 1897). Carta 69. En *Vol. 1: Obras Completas*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu, 1998, p. 301-302.
- Freud, S. (1908 [1907]). Creative writers and day-dreaming. *S. E.*, 9.
- Freud, S. (1909). Analysis of a phobia in a five-year-old boy. *SE 10*, p. 5–149.

- Freud, S. (1913). Two lies told by children. *S. E.*, 12.
- Freud, S. (1914). Remembering, repeating and working through. *S. E.*, 12.
- Freud, S. (1925a). Negation. *S. E.*, 19.
- Freud, S. (1925b). An autobiographical study. *S. E.*, 20.
- Freud, S. (1937). Constructions in analysis. *S. E.*, 23.
- Freud, S. (1939). *Moses and Monotheism*. *S. E.*, 23.
- Greenacre, P. (1958). The Relation of the Impostor to the Artist. *Psychoanal Study Child*, 13 (1): 521-540.
- Hachet, P. (1999). *Le mensonge indispensable: Du trauma social au mythe*. France: Editions L'Harmattan [(1999). *La mentira necesaria: Del trauma social al mito*. Madrid, España: Editorial Síntesis.].
- Halpert, E. (2000). On lying and the lie of a toddler. *Psychoanal Q.*, LXIX: 659- 675.
- Hanly, C. (2009). Education Section: On truth and clinical psychoanalysis. *Int J Psychoanal*, 90: 363–373.
- Heyer, G. (2015). The making of a tragedy: perversion in the perception of truth. *J Anal Psychol.*, 60 (5): 642–656.
- Katz, W. (2016). The experience of truth in psychoanalysis today. *Psychoanal Q.*, LXXXV (2): 503-530.
- Kemp, R. (2009). Relating to the other: truth and untruth in addiction. *Eur J Psychother Couns.*, 11 (4): 355-368.
- Kemp, R. y Lorentzatou, D. (2013). The place of truth in psychoanalysis: A Heideggerian contribution. *Eur J Psychother Couns.*, 1-13.

- Kirshner, L. (2004). El concepto de realidad y realidad psíquica en el psicoanálisis como ejemplo de las diferencias entre Freud y Ferenczi. *Revista de Psicoterapia Bioanalítica*, 1 (1).
- Lemma, A. (2005). The many faces of lying. *Int J Psychoanal*, 86: 737–753.
- Leuzinger-Bohleber, M. (2008). Biographical truths and their clinical consequences: Understanding ‘embodied memories’ in a third psychoanalysis with a traumatized patient recovered from severe poliomyelitis. *Int J Psychoanal*, 89: 1165–1187.
- Levine, H. (2016). Psychoanalysis and the problem of truth. *Psychoanal. Q.*, 85 (2):391-409.
- Luz, A. (2009). Truth as a way of developing and preserving the space for thinking in the minds of the patient and the analyst. *Int J Psychoanal*, 90: 291–310.
- Molinari, E. (2011). A ‘quantum’ of truth in a field of lies: The investigation of emotional truth in a child análisis. *Int J Psychoanal*, 92: 1483–1500.
- Ogden, T. (2003). What’s true and whose idea was it? *Int J Psychoanal*, 84: 593–606.
- Ogden, T. (2016). On language and truth in psychoanalysis. *Psychoanal Q.*, LXXXV (2): 411-426.
- Olinick, S. (1957). Questioning and pain, truth and negation. *J Am Psychoanal Assoc*, 5 (2): 302-324.
- Plut, S. (2010). Se me dizes que vais a Cracovia. *Revista da Sociedade Brasileira de Psicanálise de Porto Alegre*, 12 (1): 1-9.
- Press, J. (2006). Constructing the truth: From ‘Confusion of tongues’ to ‘Constructions in analysis’. *Int J Psychoanal*, 87: 519–536.
- Rado, S. (1933). Fear of castration in women. *Psychoanal. Q.*, 2: 425-475.

- Rassial, J. (1996). *Le passage adolescent. De la famille au lien social*. France: Éditions Éres.
- [(1999). *El pasaje adolescente: De la familia al vínculo social*. Barcelona, España: Ediciones del Serbal.].
- Rodulfo R. (1985). El bricoleur de sí mismo. En Rodulfo, R. y Rodulfo, M., editores. *Clínica psicoanalítica en niños y adolescentes*, p. 135-147. Buenos Aires, Argentina: Lugar.
- Rodulfo, R. (2014). *El adolescente y la Inconsistencia*. Recuperado de http://www.escuelapsicoanalitica.com/wp-content/uploads/2014/06/AECPNA_04_El-adolescente-y-la-Inconsistencia-de-R.-Rodulfo.pdf
- Segal, H. (2006). Reflections on truth, tradition, and the psychoanalytic tradition on truth. *Am Imago*, 63: 283-292.
- Target, M. (2007). Rompiendo el círculo: mentir y aparentar como resistencia contra el análisis, contra la vida. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 105: 60 – 93.
- Vanier, A. (2001). Some remarks on adolescence with particular reference to Winnicott and Lacan. *Psychoanal. Q.*, 70: 579-597.
- Weinshel, E. (1977). Some observations on not telling the truth. *J. Amer. Psychoanal. Assn.*, 27: 503-532.
- Wilkinson, S. y Hough, G. (1996). Lie as narrative truth in abused adopted adolescents. *Psychoanal. Study Child*, 51: 580-596.
- Winnicott, D. W. (1954). *Deprivation and Delinquency*, ed. Winnicott, C., Shepherd, R. y Davies, M. London and New York: Tavistock Publications Ltd. [(1990). *Deprivación y delincuencia*, ed. Winnicott, C., Shepherd, R. y Davies, M. Barcelona, España: Editorial Paidós.].

- Winnicott, D. W. (1960). Ego distortion in terms of true and false self. In: The maturational processes and the facilitating environment, p. 140-152. London: Hogarth, 1976.
- [(1960). Deformación del ego en términos de un ser verdadero y falso. En Masud, M. y Khan, R. (Eds.), *El proceso de maduración en el niño*, p. 169-184. Barcelona: Editorial Laia.].
- Winnicott, D. W. (1961). Adolescence: struggling through the doldrums. In *The Family and Individual Development*. London/New York: Tavistock/Routledge, 1965.
- Winnicott, D. W. (1971). *Playing and Reality*. New York: Basic Books. [(1993). *Realidad y juego*. Barcelona, España: Editorial Gedisa.].
- Winnicott, D. W. (1989). *Psychoanalytic Explorations*, ed. Winnicott, C., Shepherd, R. y Davis, M. Cambridge, MA: Harvard Univ. Press, 1992. [(1991). *Exploraciones psicoanalíticas*, ed. Winnicott, C., Shepherd, R. y Davis, M. Barcelona, España: Editorial Paidós.].